

CAMINO DE ATAJATE

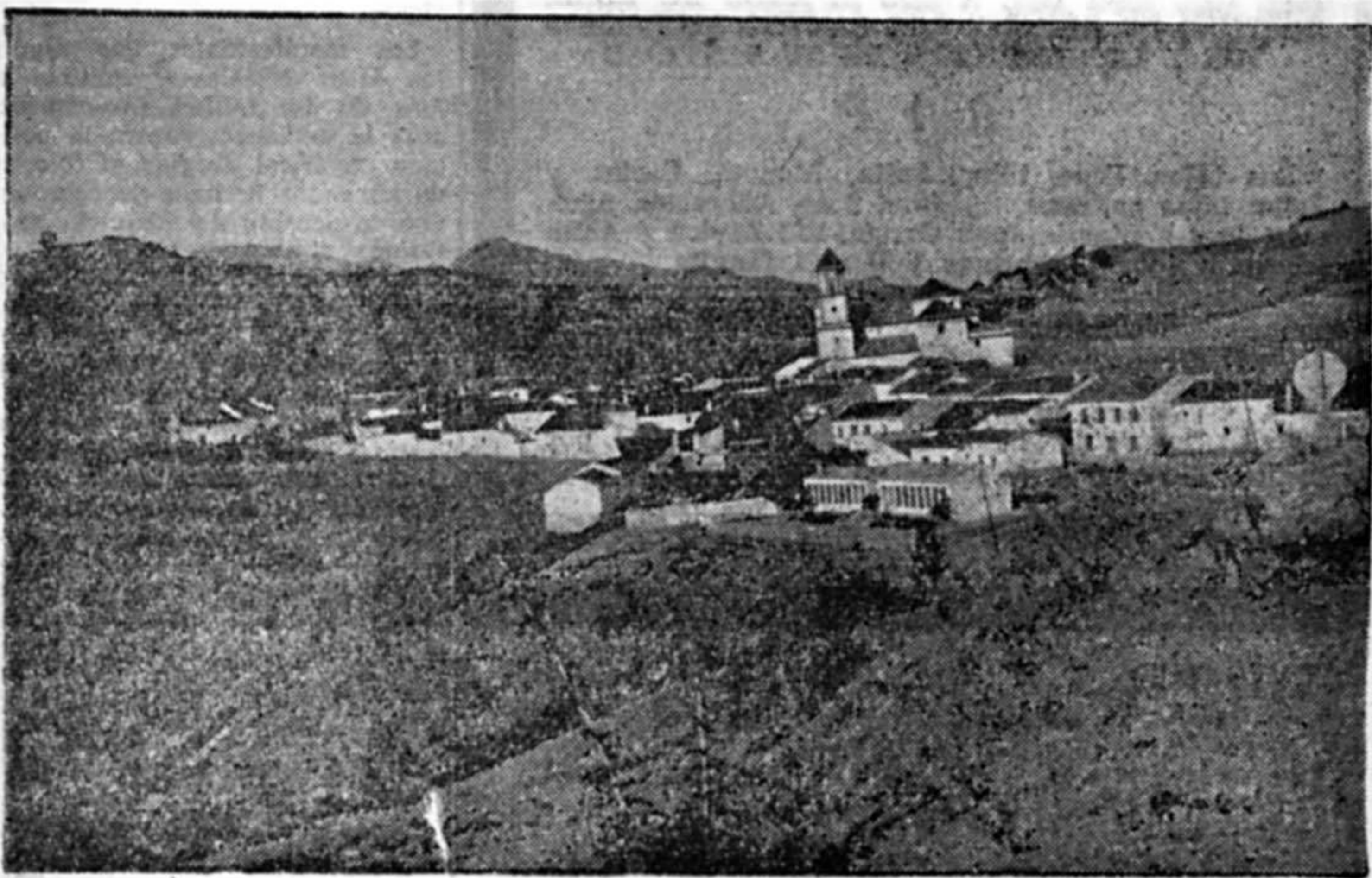
Por ANTONIO ROIG

80 kilómetros dista Ronda de la bahía de Algeciras y es en esta dirección por donde emprendemos nuestra nueva etapa, tras haber recorrido los entresijos de la indiablada serranía rondeña, de la que iremos emergiendo primero y circundando después, como el lector, viejo amigo ya a estas alturas, podrá comprobar si (haciendo gala una vez más de su infini-

pendencia un vecino llamado Morales halló entre unas matas un soldado francés malherido al cual, en lugar de rematarlo, cuidó solícitamente, quedándose a vivir entre los restantes vecinos cuyo favor y amistad consiguió rápidamente. Se apellidaba Sibaja, y es este lejano

tor el cual le arrojó una piedra con su honda, haciéndole una señal en la cara que todavía podemos contemplar.

A cosa de una hora de camino, junto a la confluencia de un riachuelo, se pueden ver los extensos restos de la que fue real fábrica de hoja de lata, construida por dos suizos a finales de siglo XVIII, cuya chimenea de diez metros de altu-



ta paciencia) continua leyendo mis mal pergeñadas descripciones.

Tras subir una no muy larga cuesta en busca de los puertos de Arrebatacapas y de Encinas Borrachas, enmarcado todo por una calcárea sierra gris, sin color ni paisaje abierto, a los pocos kilómetros vemos a nuestra izquierda la carretera que en un cuarto de hora nos puede conducir a Alpandeire.

Tiene este lindo pueblo en sus inmediaciones el Cerro de Castillejo, en el cual se abren numerosas cuevas de gran altura y profundidad. Y es notable que de Alpandeire han salido incontables hombres de ciencia y de letras (entre ellos el gran buceador de la historia y la tradición, el buen amigo don Diego Vázquez Otero) y entre todos descuella el famoso y milagrero Fray Leopoldo.

Nacido en 1866 de padres labradores ingresó en la Orden Capuchina a los 13 años, cuyos votos solemnes pronunció en 1903. Muerto en Granada en 1956, los frailes de su Orden le dedicaron una cripta en su propio convento, y en 1961 se abrió su proceso de beatificación y canonización, aumentando sin cesar su fama y la gran cantidad de fieles y devotos que le veneran.

A cuatro kilómetros al suroeste se hallan los restos del antiguo poblado de Pospitara con abundantes restos morunos, resguardado por el Peñoncillo en cuya cima un monolito natural, con una escalinata practicada en él, servía de alminar.

No lejos se encuentra la fuente de la cual se cuenta la leyenda del gaitero que vino andando desde Galicia para desenterrar el tesoro que un antepasado morisco había escondido cuando en 1570 fueron todos ellos expulsados por orden del rey Felipe II una vez sofocado el alzamiento que habían provocado en el ex-reino de Granada.

Cerca de Alpandeire se halla Faraján, (que en árabe significa "lugar de los deleites") situado en la cumbre de una colina y rodeado de infinitos riachuelos ornados de esplendorosa vegetación. Junto al no lejano cortijo de los Bullones destaca la secular Encina Redonda, que puede cobijar más de doscientas personas, y bajo la cual son frecuentes los "mojes" o comidas compestres, que por añadidura tiene una cercana fuente de claras y frescas aguas.

Poco después, se encuentra Júcar, que ofrece en su perspectiva tres barrios bien delimitados: el barrio alto, el de la fuente y el llamado "de la Ereta", siendo de destacar que durante la guerra de la Inde-

antecesor el origen de las numerosas personas que hoy ostentan este apellido entre nosotros.

En Júcar se profesa gran fe a la Virgen de Moclón, así llamada por haberla encontrado en el monte de tal nombre un pas-

ra todavía se conserva enhiesta.

Desde Júcar, con alguna dificultad por la fragosidad de los montes entre los que destaca el famoso Risco, especie de Torcal antequerano, podríamos llegar a Cartajima, vecina ya a la carretera de San Pedro de Alcántara como vimos en el artículo anterior.

Fue aquí, en el llamado Puerto de Cartajima donde ocurrió el tremendo hecho de armas que llevó a cabo el caudillo moro llamado El Meliche, quien herido en una pierna por el capitán cristiano Bartolomé Gutiérrez (único superviviente de varios hermanos), teniendo además rota la otra pierna y sintiéndose morir, ordenó que le enterraran de pie hasta el pecho, cubriéndole de matojos, y esperar así la muerte asido a un arcabuz, que disparó a bocajarro espantosamente destrozado.

Todas estas historias marginales pensábamos cuando continuando la carretera principal proseguimos hacia Atajate, diecisiete kilómetros separada ya de Ronda.

Este pueblo se halla situado junto al cerro del Cuervo en el cual quedan los restos de su castillo y en sus cercanías cavernas en las que se han hallado hachas del período neolítico, trozos de cerámica y monedas romanas y árabes. Ha tenido Atajate una curiosa polémica amistosa para reclamar la paternidad de la ventana que la propaganda turística del Ministerio de Información y Turismo divulgó por todo el mundo en un gracioso cartel con el letrero "Gaucín", pleito original si los hay, y cuyos litigantes no carecen de razón (que conozco por ambas partes) pero que sería largo de contar.

Y cumpla ahora poner punto final a esta jornada, pues si bien hemos hecho pocos kilómetros, hemos buceado en la historia y la leyenda que todos estos pueblos, paso único y obligado entre el estrecho y la Serranía que comenzamos a dejar atrás, han acumulado a lo largo de los siglos.